



EL BARBERO QUE AFEITÓ AL BURRO

En este romance se da cuenta de las bromas,
chistes y malas jugadas que se hicieron mutuamente
un barbero y un miliciano.

No se ha escrito otra cosa
que haga reir,
como estos chascarrillos
que traigo aquí.
Un perro chico
solo cuesta el romance
más divertido.

Los dimes y diretes
y las jugadas,
entre un miliciano
y un rapa-barbas.
Los dos guasones,
divertidos, graciosos
y picarones.

No os marchéis sin comprarme
un papelito,
y veréis con qué gracia
aquí lo explico.
Y el que no ría,
es porque está reñido
con la alegría.

Sucedió ello en un pueblo
allá en Valencia,
cuando toda la España
andaba en guerra;
y los carlistas,
á cada paso armaban
gran tremolina.

En la ciudad de Játiba
un miliciano
á un barbero quería
sentar la mano;
porque una tarde
le quitó éste la novia
y se fué al baile.

Y por más que pensaba
cómo vengarse,
no encontraba ocasiones
para burlarse;
y dado al diablo,
de impaciencia y de rabia
estaba malo.

—¡Oh, qué idea me ocurre!
(se dijo un día)
y sacando un borrico
de su casilla,
le dijo: ¡arre!
y verás que al barbero
le hago afeitarte.

Llega á la barbería,
dice al barbero:
—¿Por cuánto á mi me afeita
y al compañero?
—Los dos dos reales
(le contesta el maestro).
—Pues al instante.

Se afeitó el miliciano
grave y sereno,
y después dice:—Ahora
mi compañero.
—Diga que pase;
y saliendo á la puerta
le dice: ¡arre!

—¡Qué guasa más graciosa!
Yo no le afeito.
—¿Y después de tratado?
ya lo veremos.
En este instante
al señor Juez sin falta
voy á dar parte.

Enterada del caso
la autoridad,
el barbero al borrico
le hizo afeitar.
Y acto seguido,
pelado por completo
quedó el borrico.

Pocos días pasaron
y el miliciano,
á afeitarse una tarde
marchóse ufano,
con el objeto
de ver si sospechaba
algo el barbero.

Este, que era un pillo,
con disimulo,
se mantuvo muy serio
sin gesto alguno.
Pero decía:
¡Ah, granuja! Ya has caído.
¡Esta es la mía!

Le puso el paño al cuello,
le dió jabón,
y empezó muy tranquilo
la operación.
Oídme atentos,
y veréis lo que hizo
en el momento.

Según le iba afeitando
dióse tal maña,
que sin que el miliciano
lo sospechara,
pasó de largo
la navaja y dejóle
medio rapado

Le afeitó por un lado
medio bigote,
para que pareciera
un monigote.
Y al otro lado,
le afeitó media barba
con gran cuidado.

Se marchó tan tranquilo
de aquella tienda,
y aún dió buena propina
por su fachenda.
Y el barberillo,
le decía riendo:
—¡Anda, só pillo!

En la calle, en la plaza
y en el paseo,
andaba el miliciano
con gran meneo.
Y las muchachas
se reían al verle
hecho una facha.

Se encontró un compañero,
que al verle, dijo:
—¿Qué ocurrencia te ha dado?
¡dímelo, chico!
¿Qué te ha pasado,
que sin más fundamento
vas disfrazado?

Se extrañó el miliciano
de sus palabras,
y miróse á un espejo
que cerca estaba,
y dijo:—¡Ah, pilló!
es de todo culpable
el barberillo.

Ya verá el muy granuja
cómo las gasto,
si otra vez por mi suerte
cae en mis manos.
¡Vaya un bromazo
que he de darle algún día,
duro y pesado!

—¡Esta es la mía! dijo
el miliciano,
tú me hurtaste la novia,
yo el parroquiano.
Ahora me toca
jugarte una trastada
que dé las todas.

Al llegar el barbero
cerca del puesto,
le salió un centinela
muy descompuesto.
Le hizo hacer alto
y le dijo:—¡Canalla,
preso en el acto!

Tengo buenas noticias
que eres carcunda,
y de aquí no te escapas
sin una tunda.
Y es muy preciso
por si llevas papeles
te haga un registro.

Protestaba el barbero
de su inocencia,
pues que no era carlista
es cosa cierta.
Y el miliciano,
por seguirle la broma
no le hizo caso.

Le quitó las navajas
y las tijeras,
el cepillo y los peines,
la pasta y suela.
Pues alegaba
que eran muy peligrosas
aquellas armas.

Le sacó del bolsillo
sin compasión,
la cartera y papeles,
cartas de amor,
sin que atento
le dejara el retrato
de su portento.

Terminado el registro,
el centinela,
con voz grave le dijo:
—Vete y no vuelvas;
y da las gracias,
que no te fusilamos
aquí en la guardia.

Marchóse pensativo
y cabizbajo,
el barbero á su casa
casi llorando.
Y los autores
se quedaron riendo
á grandes voces.

El causante de todo
fué el miliciano,
que quería al barbero
sentar la mano.
Y al compañero,
le propuso aquel lance
para recreo.

Cuando el pobre burlado
supo en su casa
quien había fraguado
aquella guasa,
juró vengarse,
en la ocasión primera
que él encontrase.

—Yo les juro ¡canario!
que esto no queda
sin que alguno me pague
cuanto me deba.
El miliciano,
como venga á afeitarse
ya está aviado.

Pero éste, temiendo
á la venganza,
no volvió en largo tiempo
á aquella casa,
Pero una tarde,
sin pensar en el caso
entró á afeitarse.

El barbero tenía
bien preparado,
un resorte en el suelo
que ni pintado;
y una trampilla
que caía á la cueva
bajo la silla.

Con amiable sonrisa
el peluquero,
preparó la herramienta
ó los trebejos,
sin que en su cara
á conocer le diera
lo que pensaba.

Después de enjabonado
hasta las cejas,
con la navaja en mano
y las tijeras,
le dijo:—Amigo,
aunque ha pasado tiempo
jamás te olvidó.

En mis manos te encuentras
por tu desgracia,
voy á hacerte una cosa
de mucha gracia.
Por fastidiarte
la cabeza y las cejas
pienso afeitarte.

Pretendió el miliciano
al oír esto,
levantarse y de prisa
dejar su puesto;

pero el barbero,
le dijo:—Si te mueves,
te corto el cuello.

No tuvo más remedio
el miliciano,
que quedar tan lirondo
como la mano;
y enfurecido,
al mirarse al espejo
y verse un tipo.

Pero aún falta, señores,
lo más pesado,
lo que había el barbero
bien meditado.
Tocó al resorte,
y en la cueva entró el otro
con el cogote.

Solo un día le tuvo
allí encerrado,
pues su objeto solo era
escarmentarlo.
Y al despedirle,
le dijo:—A tus amigos
corre, ve y dile.

No quedó el miliciano
muy bien parado,
y quedó harto de bromas
con su contrario.

Al poco tiempo,
se hicieron muy amigos
y ¡tan contentos!

Aquí doy fin al pasillo
con grande maña,
sin pararme en ambajes
ni en zanganadas.
Pues tal prodigio,
solamente lo vendo
á perro chico.

FIN

MADRID, — Imprenta Universal, Cabestreros, 8.